

El Madrid épico de la guerra cantado por los poetas

VÍCTOR FUENTES
Universidad de California,
Santa Bárbara

*¡Madrid, Madrid!, ¡qué bien suena tu nombre,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarras, el cielo truena,
tú sonrías con plomo en las entrañas.*

Si quieres la paz...

Comienzo con el epígrafe de los versos de Antonio Machado, firmados en Madrid el 7 de noviembre de 1936, precisamente el mismo día que el ejército faccioso desencadenaba, por aire y por tierra, la que creía iba a ser su ofensiva final contra la capital de «las Españas», la cual quedó rechazada y paralizada a sus puertas hasta el 29 de marzo de 1939, cuando otra sedición, ahora dentro de las propias fuerzas republicanas en derrota, las abrió al ejército franquista. La heroica defensa de Madrid evocó históricas resonancias épicas (Troya, Numancia, la Comuna de París, el 2 de mayo madrileño de 1808). Con su lema de «No pasarán», aquel Madrid causó asombro y admiración en el mundo. De aquí que quizá no haya habido en toda la historia de la poesía una ciudad más cantada, en el espacio de apenas tres años, que Madrid durante la guerra.

Hecho de tal magnitud no podría haber sido desatendido por la crítica. Y son varios los libros y antologías sobre la poesía en la Guerra Civil que dedican un apartado a Madrid (tal el caso del libro de Natalia Calamai o de la *Antología*, de César de Vicente) o todo un libro, *Romancero de la defensa de Madrid*, recopilado y presentado por Serge Salaün. Teniendo en cuenta estos profusos antecedentes, mi enfoque será distinto: se centra en un grupo de renombrados poetas, quienes ante un tema tan apropiado para hacer de la poesía vehículo de un mensaje o de consignas políticas (caso de tanta de aquella poesía que se escribió sobre el Madrid de la guerra), nos han dejado, aun tratando de mensajes y consignas y usando formas populares, una vibrante, elaborada, visión poética de un Madrid asediado por la tragedia y la muerte, pero en el que no muere la esperanza: «La tierra se desgarras / el cielo truena, / tú sonrías con plomo en las entrañas».

Si la forma más utilizada de aquella poesía, tan apropiada para cantar una gesta popular, fue el romance (cultivado, también, por un buen número de milicianos, trabajadores y campesinos,

en muchos casos en el anonimato, como en la poesía popular tradicional), impulsado por los poetas de que me ocupó, éstos, maestros en todas las formas métricas y en el verso libre también, hicieron su canto en formas diversas, creando una rica polifonía de voces rítmicas y de hondos sentimientos sobre tal gesta popular.

Al evocar aquel momento histórico, de tan terribles consecuencias, no me mueven el rencor (fui uno de aquellos niños madrileños que pudo haber muerto, como tantos otros, bajo las bombas), ni el revanchismo político, sino unos principios éticos mantenidos por Antonio Machado (el maestro de estas niñas), en plena Guerra Civil, que de cumplirse evitarían que se volviera a repetir tal horror en nuestro país o en cualquier otro del mundo, tal como está ocurriendo ahora en Iraq y en varios otros países. Resumiendo, el gran Machado abrazaba la causa popular, entendiendo ésta como «justicia para el pueblo» y concibiendo la justicia como «el imperio de la paz». Por ello se revolvió contra el que califica de superfluo consejo latino, desafortunadamente tan extendido, *Si vis pacem, para bellum*, al que contrapone un antídoto, tan necesario hoy en día:

[...] si quieres la paz procura que tus enemigos no deseen la guerra; dicho de otro modo: procura no tener enemigos o lo que es igual: procura tratar a tus vecinos con amor y justicia. Pero eso sería sacar el Cristo a relucir [...].

Y continúa añadiendo, irónicamente, que eso, después de Nietzsche, parece cosa del mal gusto y propio de sacristanes y filisteos que no acostumbran a sacar el Cristo en función amorosa, sino «para bendecir los cañones, las bombas incendiarias y los gases deletéreos»¹. Anticipaba aquí a aquellos obispos españoles que, en el umbral de la catedral, recibirían al vencedor dictador con el saludo fascista del brazo en alto.

«Julio te sorprendió con tu alegría [...]. Y una mañana todo estaba ardiendo»

Sin atenerme a una estricta correlación cronológica, sí iré destacando cómo los acontecimientos históricos, los horrores de la guerra y la gesta de la defensa popular, encontraron su voz poética a partir de aquel verano de 1936 hasta 1939: «Madrid sola y solemne, Julio te sorprendió con tu alegría / de panal pobre; clara era tu calle, / claro era tu sueño», canta en *España en el corazón* (p. 10), Pablo Neruda, quien en aquel entonces era parte del grupo de poetas republicanos, y refiriéndose a julio de 1936 antes de que el alzamiento militar lo reventara. En «Explico algunas cosas», nos dice que vivía en la «casa de las flores», tan frecuentada por los poetas:

Raúl, ¿te acuerdas?
¿Te acuerdas, Rafael?
Federico, ¿te acuerdas
debajo de la tierra,
te acuerdas de mi casa con balcones en donde
la luz de Junio ahogaba flores en tu boca?

¹ Obras, p. 691.

A continuación, el autor de las «Odas elementales» se deleita evocando los comestibles del mercado de su barrio de Argüelles, que todavía hoy sobrevive: «sal de mercaderías», «pan palpitante», «aceites», «pescados hacinados». «Y una mañana todo estaba ardiendo.» Con este verso anuncia la destrucción desatada el 18 de julio, que propició un gran vuelco a su poesía:

Preguntaréis: ¿por qué su poesía
no nos habla del sueño, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal?

Venid a ver la sangre por las calles,
venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles! (p. 14).

A partir de aquellas fatídicas fechas, y durante la guerra, la poesía, podríamos decir, se escribe con sangre más que con tinta. Volviendo a Madrid, pocas veces, quizá nunca, se ha dado en la historia una sintonía entre los habitantes de una ciudad amenazada, dispuestos, en su mayoría, a no retroceder, y a morir antes de dejar que las fuerzas de ocupación allanaran sus calles y sus hogares, y las voces de los poetas cantando su gesta, como la vivida en Madrid en aquellos días de noviembre y de diciembre de 1936, cuando hasta el Gobierno republicano había abandonado la ciudad, dándola por perdida. De aquellos poetas me ocuparé de los ya mencionados: Antonio Machado y Pablo Neruda, más César Vallejo, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Miguel Hernández, Manuel Altolaguirre, Rosa Chacel, León Felipe, Emilio Prados, José Herrera Petare, Arturo Serrano Plaja, y tres poetas pertenecientes a organizaciones de mujeres y asociaciones políticas, Luisa Sánchez Saornil, María Luisa Carnelli e Inés Montero, además de algún otro poeta anónimo o poco conocido.

«Corre la alarma de noche...»

El clarinazo de la destrucción, desatada en gran parte por la metralla y las bombas con que se quería aterrorizar a la población civil madrileña, aunque causando un efecto contrario, venía anunciado por las sirenas de alarma. La sirena, motivo clásico de la poesía, reaparece en ésta con una nueva función: el canto de la sirena es ahora un «lúgubre alarido», como oímos en los tercetos del soneto «Primavera», de Antonio Machado, escrito ya en Valencia:

Mientras retumba el monte, el mar humea
de la sirena el lúgubre alarido,
y en el azul el avión platea,

¡cuán agudo se filtra hasta mi oído,
niña inmortal, infatigable dea,
el agrio son de tu rabel florido!²

² Obras, p. 648.

Adelantándose a Machado, Rosa Chacel escribe un romance, con expresivas imágenes, muy propias de la poesía de vanguardia, «Alarma», fechado el 15 de octubre de 1936, donde la sirena aparece, igualmente personificada en una diosa, «deidad de la noche oscura», con su aullido e identificada con el socorro de la población civil: «[...] corre la alarma de noche / corre en un grito, desnuda. / Ojos de fuego y melena / al viento entregada, aúlla [...]» (*Poesía de la guerra civil*, p. 242). Tal grito provoca ese abrupto tránsito, en precipicio (descrito también por varios otros de aquellos poetas), de la cama y de la cuna al refugio de la estación del metro, vivido por tantas madres y niños durante los años de la guerra en Madrid y en Barcelona:

Pesados cuerpos de niños,
arrancados de la cuna,
estremecidos, se acogen
al seno que los refugia.

Las escaleras prolongan,
bajo las plantas desnudas,
su espiral interminable
hacia las cuevas profundas³.

Asimismo, Miguel Hernández, en «Canción del antiavionista», evoca a la sirena: «[...] Que toda madre vive / pendiente del silencio / del ay de la sirena / con la ansiedad al cuello / sin voz, sin paz, sin casa, / sin sueño»⁴. Esta canción contra los aviones, «aéreos carniceros», en el verso del poeta de Orihuela —cuervos fatídicos o pájaros negros, en tantos otros de aquellos poetas— se vuelve clamor público en la ciudad que sufre sus bombardeos. Los dos versos finales del poema parecen ser expresión directa de tal clamor: «Que caigan, caigan: caigan. / Que fuego, fuego: fuego». Y sí caen en el citado poema de Rosa Chacel, donde presenciamos el duelo aéreo entre aviones de alas negras, los de la legión Cóndor, y de alas rojas, los cazas rusos, de los que vinieron en defensa de la asediada Madrid: «Prende la llama en un cuerpo / que inflamado se derrumba, / huye la negra bandada / a tierras que llaman suyas».

Los bombardeos a la población civil —en este caso de Madrid— con tantas víctimas, niños, mujeres, ancianos, llevada a cabo por la aviación franquista, con bombas y aviones alemanes e italianos (genialmente immortalizado su repudio en el *Guernica*, de Picasso), plasman en múltiples versos e imágenes: el *leit motiv* del niño muerto por los bombardeos es su más trágica expresión: «el 18 de noviembre, sólo en un sótano de cadáveres, conté trescientos niños muertos [...]», constataba León Felipe en un versículo de su extensa «Insignia», «Alocución poemática», y tras un larga tirada de haber contado muertos, iniciada en Madrid: «Los he contado... en Madrid... Oviedo... Málaga... Guernica-Bilbao»⁵. Tal crimen adquiere su más sobrecogedora, y detallada, expresión poética en el poema del Premio Nobel, Vicente Aleixandre, «Oda a los niños de Madrid muertos por la metralla»: una larga tirada de 62 versos, publicada en *Ahora* el 17 de enero de 1937. En esta oda de «ríos de niños muertos» se funde literal y trágicamente aquello de que la poesía es sonido y sentido: «[...] y esta voz de las víctimas / rotas por las gargantas, que irrumpen en la ciudad como un gemido. / Todos los oímos. / Los niños han gritado. / Su voz está sonando. / ¿No oís? Suena en lo oscuro. / Suena en la luz. Suena en las calles. / Todas las casas gritan. / [...] De ese hueco sin puerta / sale una sangre y grita. / Las ventanas, las puertas, las torres, los tejados / gritan, gritan. Son niños que murieron. Por la ciudad gritando; / [...] No los miréis; oídlos»⁶.

³ *Poesía de la guerra civil*, p. 243.

⁴ *Obra poética*, p. 433.

⁵ *Poesía de la guerra civil*, p. 404.

⁶ *Ibid.*, pp. 344-346.

Los óimos y los vemos, pues tal imagen del niño o niños muertos (la más terrible y acusatoria del horror de la guerra) aparece reiteradamente en aquella poesía. Evocaré tan sólo otra más, en pleno centro de Madrid, del poema de Inés Montero, «La avenida de los obuses», de junio de 1937:

¡La Gran Vía del Cinema
apagó todas sus luces!
La chiquilla cayó muerta,
la vieja murió de bruces,

el chaval quedó en pedazos
la calle se perdió en nubes.
Los anuncios luminosos
se volvieron ataúdes⁷.

«No retroceder ni un paso»

Lejos de amilanarse ante el cerco y la destrucción, los madrileños y madrileñas se crecieron heroicamente en la defensa de su ciudad, dirigida por el veterano general Miaja (exaltado por Machado en un breve poema-rezo) con su consigna de «no retroceder ni un paso». Es muy conocido el poemario de Alberti, *Capital de la gloria (Madrid 1936-1938)*, que contiene poemas exaltadores de aquellos heroicos momentos y de sus protagonistas, tales como «Madrid-Otoño», que abre el poemario «Al general Kleber», «A las Brigadas Internacionales» («Venís desde muy lejos... Mas esta lejanía / ¡qué es para vuestra sangre que canta sin fronteras?»), al «Quinto cuerpo de ejército». En éste, dedicado a «Modesto, su jefe», exalta a los principales héroes de aquella defensa, los milicianos-soldados: «Ellos, analfabetos, descalzos [...] / ellos, los más difíciles, nuevos libertadores / de Madrid y alicates de sus largas cadenas; / ellos, entre las balas, los himnos y las flores, / miradlos vencedores»⁸.

El Quinto regimiento (principal artífice de la defensa de Madrid y de las victorias republicanas en el Jarama y en Guadalajara), además de en múltiples poemas de poetas anónimos o de campesinos y obreros, es cantado, junto a Alberti, por varios más de aquellos destacados poetas. En varios de los poemas, la propia voz del Regimiento toma el lugar de la del poeta: «[...] para irse no hay pretexto, / no hay prisa, novia ni cine [...] / ¡Habla el Quinto Regimiento!», exclama José Herrera Petare en sus «Cuatro batallones», publicado el 30 de octubre de 1936⁹. Asimismo, en los versos finales de «Los cuatro batallones de choque», de Arturo Serrano Plaja, se nos dice: «Escuchadme, compañeros: / en mi voz, mi voz no habla; / es el quinto Regimiento / quien para vencer os llama»¹⁰. Estos dos poetas, no sólo dieron su voz al Quinto Regimiento, sino que, al igual que Miguel Hernández, le entregaron su cuerpo, ingresando en él, y recitaron sus poemas en las mismas trincheras. Del efecto causado por aquellas lecturas en sus compañeros, milicianos soldados, el general Líster evocó: «Mientras el poeta iba leyendo su poema yo me fijaba en los rostros de los combatientes e iba leyendo en ellos el efecto causado por lo que escuchaban y podía decir, sin temor a equivocarme, que en muchas ocasiones veía que éste o aquél iba a ser un héroe en el próximo combate»¹¹.

Por lo que vengo tratando, no es de extrañar que alguno de los más emotivos y expresivos de aquellos poemas sean los dedicados al soldado-miliciano, anónimo, hijo del pueblo. Entre

⁷ *Romancero de la guerra de España 2*, p. 97.

⁸ *Poesía 1924-1938*, p. 293.

⁹ *Romancero de la guerra de España 2*, p. 16.

¹⁰ *Romancero de la guerra de España*, p. 6.

¹¹ *Nuestra guerra*, p. 65.

ellos, destaca el romance de Vicente Aleixandre, «El miliciano desconocido. Frente de Madrid», de enero de 1937: «No me preguntéis su nombre. / Le tenéis ahí en el frente, / por las orillas del río: toda la ciudad lo tiene [...]». A lo largo del romance aparece en simbiosis con la ciudad, «Madrid entero lo adivina; / Madrid late por sus sienes [...] ¡Madrid a su espalda le alienta / Madrid entero le sostiene [...]». Al final, al darle al miliciano su identidad, oímos:

Se llama Andrés o Francisco,
se llama Pedro Gutiérrez,
Luis o Juan, Manuel o Ricardo,

José, Lorenzo, Vicente [...].
Pero no. ¡Se llama sólo
Pueblo Invicto para siempre!¹².

Pero este «pueblo invicto», también aparece personificado, con nombre y apellidos: «Aquí, / Ramón Collar, / prosigue tu familia sog a sog a, / se sucede, / en tanto que visitas, tú, allá a las siete espadas, en Madrid, / en el frente de Madrid», canta César Vallejo (*Obra poética*, p. 239); o en su condición anónima, como en el conmovedor poema «Descanso de un miliciano», de José Moreno Villa, que comienza con estos versos: «Este lobezno que roe su pan, / ¿en qué pensará?», y concluye: «Este lobezno que roe su pan / nos enseña a todos serenidad»¹³.

Como en los romances tradicionales, en varios de los de la defensa de Madrid, la ciudad aparece personificada, protagonista de su resistencia; toman vida los barrios y calles populares de Madrid: «¡Ay rondas de mi Madrid, / ríos de sangre y de lágrimas!», exclama Luisa Sánchez Saornil, quien se iniciara a la poesía con el ultraísmo, en «Madrid», publicado en *Mujeres Libres*, diciembre de 1936, donde la pasión guerrera de la ciudad se funde con la de la mujer: «¡A nosotras Malasaña! / Van las mujeres rugiendo, / trémulas de fiebre y ansia [...].», llama, fundiendo a estas mujeres guerreras con la legendaria Manuela Malasaña, la heroína madrileña del 2 de mayo de la Guerra de Independencia. Como apuntara el historiador Robert Garland Colodny, en los momentos más críticos del asalto a la ciudad «frente al puente de Segovia un batallón de mujeres entró en acción»¹⁴.

María Luisa Carnelli tiene cuatro romances en que aparecen personificados los barrios donde se encuentra la gran reserva de fuerzas populares para la defensa de la ciudad, «Cuatro Caminos» («Barrio de Cuatro Caminos. / Nadie le vió titubear [...].»), «Puente de Vallecas» («Como un solo hombre, Vallecas / erguido y presente está [...].») «Ventas» («En ventas Plaza de Toros. / Como el toro en la embestida, / así se lanzó a la calle / el barrio entero que ardía [...].») y «Puente de Segovia»: «Puente Segovia, barrio proletario / donde el credo clasista se hizo sangre. / ¡Ya están rotos los diques!»¹⁵.

Un pequeño gran río

El Manzanares, tan denostado y ridiculizado por nuestros poetas del Siglo de Oro, minúsculo «arroyo, aprendiz de río», en el verso de Quevedo, pasa a ser un personaje central en la defensa de Madrid; deviene una fuerza caudalosa que detiene a las fuerzas de ocupación, las cuales sólo lograron vadearlo por algunos lugares y con grandes pérdidas, y, en varias ocasiones, en

¹² *Romancero de la guerra de España* 2, p. 61.

¹³ *Poetas en la España Leal*, p. 114.

¹⁴ *El asedio de Madrid*, p. 65.

¹⁵ *Romancero de la guerra de España* 2, pp. 44-49.

retirada. En el *Romancero de la defensa de Madrid* se recogen seis romances en su elogio, equiparándosele, favorablemente, a los grandes ríos. En uno anónimo se le canta: «Arroyo, aprendiz de río [...]. / ¡Ay arroyo de Madrid, / cuántos ríos caudalosos / tienen que aprender de ti» (p. 176). Y en otro, de Javier Montero, se le compara, engrandeciéndole, al Marne: «Marne, Marnito es el río. / Marne, Marnito, Marmón» (p. 93). Sin embargo, será Miguel Hernández quien desde la altura poética de los autores de la *Edad de Plata* redima al pequeño río de su menosprecio en la pluma de los de la Edad de Oro. Significativamente, su *Viento del pueblo* (poemario que, junto a *España, aparta de mi este cáliz*, de César Vallejo y *España en el corazón*, de Pablo Neruda, forman el gran tríptico de la poesía de la Guerra Civil) se cierra-abre con el poema «Fuerza del Manzanares»: «[...] el leve Manzanares se merece / ser mar entre los mares», canta el poeta-soldado, que se hace uno con él: «[...] Tus aguas de pequeña muchedumbre / ay, río de Madrid, yo he defendido [...]». Podríamos decir que «el viento del pueblo» convirtió a las escasas aguas del río madrileño en un oleaje inexpugnable en la defensa de su ciudad. El gran libro poético del sacrificado poeta murciano termina con estos versos consagrados a Madrid y a su pequeño, entonces grande, río Manzanares:

El alma de Madrid inunda las naciones,
el Manzanares llega triunfante al infinito,
pasa como la historia sonando sus renglones,
y en el sabor del tiempo queda escrito¹⁶.

Del romance a la elegía: «¡Ciudad hermosa! Menos dura la piedra que el timón de tu nave»

Pasado un año del fallido intento de ocupación, estacionada la lucha de Madrid en las afueras, con las batallas decisivas de la guerra desplazadas a otras regiones, la ciudad sitiada vive la cada vez más penosa situación de carencia, de todo tipo, que irá empeorando hasta su entrega a las fuerzas franquistas a finales de marzo de 1939. Sin embargo, los poetas siguen cantando su gesta, aunque ahora sin ocultar las penas de la destrucción y el aislamiento. La elegía ha reemplazado al romance en la colección *Poetas en la España leal*, publicado en Valencia en 1937, en que se recoge al grupo de los más representativos poetas de la España republicana: Machado, Alberti, Altolaguirre, Cernuda, Gil-Albert, Miguel Hernández, León Felipe, Moreno Villa, Prados, Serrano-Plaja y Lorenzo Varela. Los poemas dedicados a Madrid son solamente tres, y compuestos por tres de los más intimistas de aquellos poetas, José Moreno Villa, Manuel Altolaguirre y Emilio Prados. Su canto a la ciudad en pie de guerra adquiere, ahora, un tono elegíaco, nostálgico y personal. Comenzando con el mayor de aquellos tres poetas, José Moreno Villa, figura estelar del Madrid cultural, desde principios de la segunda década del siglo XX, en «Madrid, frente de lucha», el poeta, entre dos versos que abren el poema y lo cierran al final («Tarde negra, lluvia y fango / tranvías y milicianos»), recorre, acongojado, la ciudad: «los suelos sembrados de cristales», con rieles de los tranvías «como cuernos levantados», «y hay barricadas levantadas / donde antes nos sentábamos / a mirar el cielo terso / de este Madrid confiado / abierto a todas las brisas / y sentimientos humanos». Ahora, «Confundido, como pez / en globo de agua...», de-

¹⁶ *Obra poética*, p. 366.

sanda sus pisadas, sube, baja, visita las estaciones del Metro. «Allí, como sacos, duermen familias sin casas. / Huele a establo [...]». Se siente como encerrado, solo, bajo un cielo de asfalto «por donde cruzan los cuervos / que buscan niños y ancianos»¹⁷.

Emilio Prados, en «Ciudad Eterna» (Madrid, 1937), parece estar ya escribiendo el epitafio a la gloriosa ciudad sitiada: «Pisas ya con tu gloria la tierra persistente / donde el hombre descansa, del día, por lo eterno». Como si quisiera esculpirla para la eternidad en la materia más dura: «¡Honor, honor a ti, Ciudad hermosa! / Menos dura la piedra que el timón de tu nave». Son los dos versos finales del poema (p. 121). Su fraternal amigo, Manuel Altolaguirre, asimismo escribe su «Madrid 1937», recogido en *Poetas en la España leal*. El yo poético aparece en la misma soledad y congoja que el del poema «Frente de lucha», de Moreno Villa:

Aquí en Madrid, de noche, solo, triste,
mi frente con el frente son sinónimos
y sobre mi mirada como llanto
se derriban los héroes, caen hundidos
por el abismo verde de mi cara.

Presintiendo el trágico final que aguarda a la gloriosa ciudad, si Emilio Prado quiere cincelarla para la eternidad en la materia más dura, Altolaguirre enmudece, quedándose vacío, embargado por la angustia agónica de la urbe:

Ante el glorioso círculo de fuego
nada puedo evocar, nada ni a nadie.
No hay recuerdo, placer, antes vivido,
que pueda rescatar de mi pasado.
No hay ausencia, ni historia, ni esperanza
que con su engaño calme mi agonía¹⁸.

¡Ironía de ironías!, en *Poetas en la España leal*, encabezado por Antonio Machado y su elegía a la muerte de Federico García Lorca, «El crimen fue en Granada», en aquellos grandes poetas, tildados de herejes por el bando franquista, se siente un aura cuasi mística, que evoca a San Juan de la Cruz, a su «noche oscura del alma» y «llama de amor viva»; aquí, llama de amor por España, o las Españas, un amor fundido en un anhelo de redención de injusticias sociales centenarias.

Con tristeza, a pesar de que han transcurrido 68 años, leemos uno de aquellos últimos romances escritos sobre Madrid durante la guerra, publicado el 19 de febrero de 1939, un poco más de un mes antes de que la capital fuera entregada, desde dentro, a las fuerzas franquistas. Se titula «Madrid, Numancia, 1939» y, como cabe esperar por el título, es de un desolador patetismo: «Me lloran sangre los ojos / porque he secado mis lágrimas», expresa el poeta Jiménez Calderón al ver a lo que ha quedado reducido su «querido Madrid». Citaré sus últimos versos, que tienen mucho de responso poético del Madrid republicano «capitán de la gloria», ya literalmente en ella.

¹⁷ *Poetas en la España leal*, p. 111.

¹⁸ *Ibid.*, p. 37.

Más firme entre tus ruinas,
desgarrado en tus entrañas,
mutilado de cien modos;
con mil heridas que sangran

tu millón de héroes anónimos
sombras de cuerpos que andan,
harán tu nombre en la Historia,
inmortal como Numancia¹⁹.

Con todo, y paradójicamente, este Madrid, en su agonía republicana, con su «millón de héroes anónimos», en poesía, resulta más vivo que el Madrid de la victoria franquista, descrito en aquel verso lapidario de Dámaso Alonso, en 1940: «Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas)», con el que abría su *Hijos de la ira*. No quisiera acabar con esta nota tétrica. Por ello, vuelvo al heroico, cantado por aquellos grandes poetas republicanos y termino con un poema, muy apropiadamente, titulado «Madrid», el cual quizá sea el último de los publicados por ellos en loor de la ciudad y de su resistencia popular, mítica. Se trata del antepenúltimo poema de *El hombre acecha* (1937-1939), pp. 406-407, de Miguel Hernández. En él, como en el de Antonio Machado del epígrafe, Madrid, a pesar del «plomo en sus entrañas, sonrío»: «[...] Una sonrisa que va esperanzada / desde el principio del alma a la boca [...]. Esa sonrisa jamás anochece [...]». Se da una comunión lírica del poeta labrador con la ciudad «Este rosal sin ventura, ese espliego / júbilo exalta [...]». Aparece el toro de España, pero erguido, no como en el *Guernica*, de Picasso:

Desfallecer... pero el toro es bastante.
Su corazón, sufrimiento no agota.
Y retrocede la luna menguante
de las derrotas.

Por último, el poeta termina fundiéndose con el Madrid republicano en su trance final. Y con su voz me despido:

Sólo te nutre tu vívida esencia.
Duermes al borde del hoyo y de la espada.
Eres mi casa, Madrid: mi existencia,
¡qué atravesada!

¹⁹ *Romancero de la guerra de España* 2, p. 205.